

LOS BRAZOS DE LA Y GRIEGA

Nelson Marra

Que el cuento, como género literario, tiene muy poca tradición en España no debiera ser novedad para nadie. Por otra parte, si ampliamos el panorama, podemos concluir que algo similar ocurre en Europa, a pesar de prestigiosos antecedentes como los de Kafka, Maupassant, Chejov y, más cercanamente, Cesare Pavese y Dino Buzzatti, en Italia, entre algunos pocos más. Razones estéticas por un lado o formas más propicias de comunicación al lector han convertido a la poesía y la novela en las «estrellas» de la literatura europea, por motivaciones que las podrá explicar mejor la sociología del arte que la crítica literaria.

Quizá sea por eso que tomar contacto con un buen narrador español contemporáneo de breves historias -como Antonio Pereira, leonés de origen, universal por respiración intelectual- se vuelva una satisfacción y un hallazgo feliz. El autor que ha incursionado y se ha desarrollado en otros géneros -poesía, novela, crítica- encuentra su mejor temperatura en la elaboración de este género «desdichado», marginado y casi maldito: el cuento.

Ya conocíamos otro prestigioso antecedente suyo (*El ingeniero Balboa y otras historias civiles*) como para que no nos sorprenda el entusiasmo que nos coge la lectura de estos trece relatos que integran este volumen publicado recientemente. Pereira demuestra conocer las leyes de un género, el exacto claroscuro a que debe someterse una simple anécdota o un episodio menor, la técnica precisa que permite apresar una situación ambigua o desconcertante. Su notable capacidad de síntesis, la reticencia como recurso estilístico, la paradoja como forma lúdica, comienzan por deslumbrarnos primero y conmovernos luego.

Una ironía y un humor, muy atemperado por la reflexión melancólica, son quizá las constantes de este volumen ineludible para un lector exigente. Son las formas adecuadas para exorcizar lo cotidiano y para cotidianizar los mitos o las jerarquías.

Pereira es un autor irreverente, un delicioso escritor irreverente que introduce el erotismo en las trastiendas de las parroquias imaginarias, las que por ser hijas de las fantasías son más fecundas y reales. De ahí su tímida sugerencia -o quizá su tardío arrepentimiento- por querer titular el volumen

con el nombre de Cuentos eróticos diocesanos, que, pienso, hubiera sido merecido. Pero más allá de cualquier retórico nominalismo o del exquisito italianismo que le pueda atribuir la crítica o con que él mismo quiera autodefinirse, opto por la carnalidad palpitante de sus anécdotas, por la sensualidad con que las trata, por el refinamiento expresivo con que las cuenta. En esa zona es que las húmedas tierras del Bierzo natal superan a la Umbría referida y literaria, en que lo auténtico sobrepasa lo culterano, en que lo legítimo domina cualquier exceso manierista... Y Pereira lo sabe. De ahí que pueda aportarle el tono exacto a sus relatos, tocar la cuerda más atractiva, donde ternura e ironía se confunden, pero donde prevalece, esencialmente, el talento narrativo.